

la madre dichosa de Samuel? No fueron más que figuras de la que quebrantó la cabeza de la serpiente y dió al mundo al gran sacerdote del Altísimo, al Rey de los reyes.

Me complazcò en ver á María en la intrépida Judit que hiere de muerte al tirano Holofernes. La contemplo también en la amable y heróica Esther, cuando habla con el gran rey para evitar las tramas homicidas del enemigo de nuestras almas, y cuando prestándose voluntariamente á los decretos del cielo, hizo revocar la sentencia de muerte pronunciada contra el género humano. ¿No debemos deducir de todas estas figuras y sacar de estos textos de la Escritura que María estaba concebida desde antes que se formara el mundo, que lo mismo que el Mesías era esperada por el pueblo judío, y que mereció desde antes de nacer tal vez un culto real, y sobre todo, un culto de admiración y deseo?

Si así es, ¿por qué rebelarse contra honores tan respetables por su antigüedad y por su origen? ¿No nos presenta el Evangelio, no sólo á los ángeles del cielo, sino al Espíritu Santo, al Hijo de Dios descendiendo hasta esta modesta hija del pueblo? Nos parece innecesario recordar la solemne entrevista del ángel Gabriel con María y el texto de la Escritura que habla de la sumisión de Jesús á su madre. Mucho menos las palabras de Elisabet y la Magnífica.

¿Para qué insistir en citar unos textos tan claros y en poner de manifiesto pruebas tan conocidas de todos? Ante ellas, sólo los ignorantes y los escépticos pueden rechazar la doctrina de la Iglesia: para nosotros los cristianos sobra luz y claridad. Estamos convencidos y declaramos en alta voz y desde el fondo de nuestro corazón que nos enorgullecemos de ser devotos de María y nada de este mundo podrá sonrojarnos del culto que tributamos á María y del amor que tenemos á nuestra madre. — ASÍ SEA.

LA NATIVIDAD DE MARÍA

DÍA TRES

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

ORIENTUR STELLA ex Jacob, et consurget virga de Israël.

Núm., XXIV, 17.

Egredietur virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascendet.

Isa., IX, 1.

Ipsa est mulier quam preparavit Dominus filio Domini mei.

Genes., XXIV, 14.

BENEDICENTUR IN TE et in semine tuo.

Psalm., XXV, II, 14

Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens?

Cant., VI, 9.

Creavit Dominus novum super terram: FOEMINA CIRCUMDABIT VIRUM.

Jerem., XXXI, 22.

Ecce virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emma-nuel.

Isa., VII, 14.

Ante colles ego parturiebar;

Prov., VIII, 25.

Generationem ejus quis enarrabit?

Isa., LIII, 8.

Fons parvus crevit in fluvium maximum.

Esther, XI, 10.

Quam pulchri sunt gressus tui in calcamentis, filia principis!

Cantic., VII, 1.

Multae filiae congregaverunt divitias: tu supergressa es universas.

Prov., XXXI, 29.

Sapientia aedificavit sibi domum.

Prov., IX, 1.

In diebus illis salvabitur Juda, et Israël habitabit confidenter.

Jerem., XXIII, 6.

Ecce dies venient, dicit Dominus: et suscitabo David germen justum: et regnavit rex, et sapiens erit: et faciet judicium et justitiam in terra.

Id., ibid., 5.

Domine Deus, verbum, quod locutus es super servum tuum, et super domum ejus, suscita in sempiternum: et fac sicut locutus es. Ut magnificetur nomen tuus usque in sempiternum.

Reg., V, 25-26.

Audite reges, auribus percipite principes. Ego sum, ego sum quae Dominus canan, psallam Domino Deo Israël.

Judic., V, 3.

Deus enim ostendet splendorem suum in te, omni qui sub caelo est. Nominabitur enim tibi nomen tuum a Deo in sempiternum: Pax justitiae, et honor pietatis.

Baruch., V, 3-4.

Benedicta tu à Deo in omni tabernaculo Jacob, quoniam in omni gente, quae audivit nomen tuum, magnificabitur super te Deus Israël.

Judith., XIII, 31.

Qui creavit me requievit in tabernaculo meo, et dixit mihi: Tu Jacob inhabita, et in Israël haereditare, et in electis meis mitte radices.

Eccl., XXIV, 12-13.

Laudate Dominum Deum nostrum qui non deseruit sperantes in se, et in me: Et in me ancilla sua adimplevit misericordiam suam, quam promisit domui Israël.

Judith., XIII, 17-18.

Elegi te, et non abjeci te, ne timeas quia ego tecum sum.

Isa., XLI, 9-10.

Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis. Et ipsi populus ejus erunt: et ipse Deus cum eis erit eorum Deus.

Apoc., XXI, 3.

Ex te mihi egredietur qui sit dominator in Israël, et egressus ejus ab initio, a diebus aeternitatis, et erit iste pax.

Mich., V, 2-5.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Venid, oh pueblos del mundo todo, quien quiera que seáis; venid, habitantes todos del vasto universo, sea cual fuese la lengua que pronunciéis, la edad que tengáis y el rango que en el mundo ocupéis; venid á celebrar con trasportes de alegría el nacimiento de María; honremos con nuestros homenajes la cuna de la Madre de Dios. Ella es la que ha trocado en alegría la tristeza ocasionada por nuestra desventurada madre Eva. Con efecto fué dicho á una: «Parirás con dolor;» y á la otra: «Dios te salve, llena eres de gracia.» A la primera: «estarás bajo el dominio del hombre;» á la segunda: «El Señor es contigo.» (*S. Juan Damasc. in Nat. B. M. V.*)

II. Nacida es hoy la reina del mundo, la que es la llave del cielo, puerta del paraíso, tabernáculo de Dios, estrella del mar, escala misteriosa de las regiones celestiales por medio de la que descendió hasta nosotros el Rey de los reyes, y que conduce al cielo al hombre que tan bajo había caído. Hoy se ha levantado en el universo la estrella precursora del sol de justicia que debe iluminar el mundo: ella es la que anunciaban los profetas cuando decían: Saldrá una estrella de Jacob, y se levantará un hombre en Israel. Hoy se ha cumplido esta promesa que hacía el profeta Isaías al mundo con tanta fuerza y seguridad para anunciar la venida de la reina del mundo: Una rama saldrá de la vara de Jessé y una flor coronará esta rama. (*S. Pedro Damiano, Hom. in Nat. B. M. V.*)

III. Hoy se hace fecunda la esterilidad y se abre una puerta virginal y divina por la que se dignará pasar el soberano Señor de todas las cosas para entrar como hombre en el universo. En el vástago de Jessé ha brotado

una rama que pronto dará la flor de la divinidad. (*S. Juan Damasc. in Nat. B. M. V.*)

IV. El Verbo ha querido hacerse hijo de Abraham. Para esto era preciso que se asemejase á nosotros y tomase un cuerpo como el nuestro. María se presenta para dárselo, para que pueda inmolarle más tarde como cosa propia. Respecto á algunos santos, el Verbo tomó en ellos voz para comunicarles el don de profecía; pero hizo más por María, porque se hizo hombre en sus entrañas. El era el Verbo de Dios por naturaleza y por esencia, pero sin dejar de ser lo que era, quiso hacerse descendiente de David según la carne, y para esto se hizo hombre en el seno de María, como dice el Apóstol. (*S. Atanasio. Epist. ad Epictet.*)

V. Dios se ha hecho hijo de la Virgen María, y la Virgen María ha pasado á ser madre del Hijo único de Dios, de modo que una virgen concibe y engendra en la tierra á Aquel que el Padre engendró en la eternidad. Dios, que destinaba á esta Virgen para que fuese la madre de su Hijo, la colmó de tales favores que se vió á una simple mujer dar el nombre de hijo á Aquel que es el soberano Señor de todas las cosas, y mandar con el derecho que da la maternidad al que reina con su Padre en los cielos y reverencia como Todopoderoso, no solamente todas las criaturas humanas, sino toda naturaleza angélica. (*S. Fulgencio, de Fide ad Petrum.*)

VI. Quiero trazar, según me lo permitan mis fuerzas y aunque sea en embrión, el retrato de la Madre de Dios. Figuráos una virgen adornada con todas las gracias que se pueden conceder á la hermosura, á la gracia y á la belleza. Sobre todo, se distinguía por la sangre real que corría en sus venas. Era bajo este punto de vista tan notable, que ninguna mujer de Judá podía presentar al grado que ella una línea tan grande de ascendientes hijos de reyes, príncipes y jefes de los pueblos y de los patriarcas. (*Hom. S. Tom, arch. Valent. Conc. 3 Nativit. B. M. V.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Al formar Dios al primer hombre, dice Tertuliano, pensaba darnos la imagen de Jesús que debía nacer de su raza: *Quodcumque limus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus*. Al ver nacer hoy á María que ha de llevarlo en sus entrañas, ¿no tenemos iguales motivos para creer que al crear á esta divina mujer pensó en Jesucristo? No os asombre, pues, ver que la formó con tanto cuidado, ni que la adornara con tantas gracias, porque la formó pensando en el Salvador..... Está en embrión con su Jesucristo, y pronto subirá al horizonte el sol de los siglos; María es la aurora que anuncia su salida. Todo lo grande que vemos en Jesucristo debemos verlo hasta cierto punto en María. Tres cosas muy notables hallamos en nuestro Salvador: la excepción del pecado, la plenitud de la gracia y un caudal inextinguible de caridad por nuestra salud. En María debemos encontrar también estas tres cualidades:

I. Excepción del pecado.

Cuando declaramos á María inmaculada, concebida sin pecado, nacida sin pecado, viviendo sin pecado, guardáos de decir que la asimilamos á Jesús. La inocencia pertenece á Jesús de derecho, y María sólo la tiene por privilegio.

II. Plenitud de la gracia.

Santo Tomás enseña que el principio de las gracias de María, es su unión estrechísima con Jesucristo; además de la estrecha unión que hay entre la madre y el Hijo, debe notarse la unión que existe entre el alma y el corazón. María concibió por la fe, por la obediencia y por su profundo amor,

III. Su inmensa caridad.

El Evangelio nos presenta varios ejemplos: San Juan es santificado en el seno de su madre, por la visita que María hizo á Isabel. El agua es cambiada en vino en las bodas de Caná, á solicitud de María. En el Calvario pasamos á ser todos hijos suyos por el amor que nos profesa: *Ecce Filius tuus*.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. La solemnidad de este día es el principio, la continuación y el término de todas nuestras solemnidades. Es el principio, porque anuncia los días de gracia y de verdad. Es la continuación, porque une dos extremos: la luz y la sombra. Es el término, porque es la manifestación de la verdad. "El término de la ley, dice San Pablo, es Jesucristo." (*Rom. X, 14.*) En Él está la consumación de todas las cosas.

Preciso era que hubiese una introducción para el gran día que se preparaba para el humano linaje; el sol de justicia y de salud debía tener su aurora. Esta introducción y esta aurora es lo que celebramos en la festividad de este día. La solemnidad de hoy es por lo tanto la más propia para excitar en nosotros trasportes divinos, porque no parece sino que María nos sonríe en su cuna y nos dice: Tened confianza; hoy es el día de la regeneración del género humano. Efectivamente, en el momento en que vino al mundo esta virgen bendita, se preparó y formó una madre augusta para el Dios inmortal de los siglos. (*San Andrés Cretense, sermón sobre la Natividad de la Santísima Virgen.*)

II. Cuando quiso el Señor en el principio crear el mundo, tomó entre sus manos un poco de tierra virgen y formó á Adán; así también, cuando quiso obrar su encarnación y hacerse el nuevo Adán, eligió el seno inmaculado de María donde formó su divino cuerpo; de modo que el primer día del tiempo primero y el primer día del tiempo nuevo se parecen en que son dos creaciones hechas una y otra en favor del hombre. (*Ibid.*)

III. La Santísima Virgen poseyó desde el seno de su madre el uso del libre albedrío y la plenitud de la inteligencia. Por esto es por lo que no temen afirmar los doctores que en ese estado estaba entregada á la contemplación de las cosas divinas á un grado que no alcanzaron jamás los santos más favorecidos con el don de la oración. Pero dormía en el seno de su madre como duermen todos los niños antes de nacer; mas esa especie de entorpecimiento que embota nuestras facultades intelectuales, que nos priva del uso de la razón y de nuestro libre albedrío, y nos impide obrar un sólo acto meritorio, no puede ser comparado con el sueño apac-

ble de María. Por el contrario, estoy persuadido de que su alma santa y llena de luz, tendía con todas sus fuerzas y por arranques espontáneos y meritorios hacia el que la había colmado de tantos favores, y se elevaba á un grado de contemplación más sublime que la de los santos que llegaron á la más avanzada edad y recibieron mayor número de gracias. Podemos poner en sus labios con toda verdad estas palabras de la esposa de los Cantares: "Yo duermo y mi corazón vela, y mi contemplación no se interrumpe jamás por ningún acto." (*San Bernardino de Sena, sermón de Concep. B. M. V.*)

IV. Comenzaré mi discurso con una hermosa meditación de Tertuliano que contiene el libro que escribió sobre la resurrección de la carne. Este profundo y célebre escritor, considerando el modo con que Dios formó al hombre, manifiesta admirarse de la atención que pone en esta idea. Figúrase un puñado de tierra húmeda en manos del divino artífice; ved el cuidado con que la maneja y la prepara, y con qué arte le da forma, entre-gándose por completo á ella. *Recogito totum illi Deum occupatum et deditum.* Se admira de ver que así se ocupa el espíritu de Dios de una cosa tan despreciable, y considerando que no era posible que emplease tanto trabajo con el único fin de coger tierra y formar barro, saca por consecuencia que Dios tenía miras más elevadas, y pensaba en algo más importante; y para expresar mejor su idea, añade: "Esta obra que tenía entre manos era Jesucristo; y al formar Dios al primer hombre pensaba en trazar á ese Jesús que debía nacer de esa raza." Por esto se entregó cuidadoso á esa obra, porque con el barro que en sus manos tenía, pensaba hacernos á imagen de su Hijo, que debía hacerse hombre. (*Quodcumque tí-mus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus.*)

Voy á manifestaros las reflexiones que en mi mente brotan al meditar acerca de estas hermosas palabras de Tertuliano. Sí, efectivamente, al crear Dios en el principio al primer Adán, pensó en hacerlo á imagen y semejanza del segundo; si teniendo en su mente á nuestro Salvador Jesús formó con tanto esmero al primer padre, porque de él debía salir su Hijo después de millares de generaciones; hoy que veo nacer á la dichosa María que debe llevarlo en su seno, ¿no tengo más motivos para creer que Dios, al formar á su divina criatura, pensaba fijamente en su Jesucristo? *Christus cogitabatur.* No os admire, por lo tanto, el cuidado con que formó al hombre, ni la belleza de que le dotó, porque lo hizo así teniendo en perspectiva al Salvador. Para hacerle digno de su Hijo quiere que sea semejante á su Hijo, y debiendo darnos después el Verbo encarnado, nos presenta hoy ya en la natividad de María un Jesucristo comenzado, si me es dado expresarme así, un Jesucristo en principio, como una manifestación viva y natural de sus perfecciones infinitas. *Christus cogitabatur homo futurus.*

Tres cosas me admiran en nuestro Salvador: la excepción del pecado; la plenitud de la gracia; el que es un caudal inextinguible de caridad por nuestra salud. He aquí los tres rayos del sol que disipa nuestras tinieblas. Era preciso que Jesús fuese inocente para purificarnos de nuestros crímenes; era preciso que fuese lleno de gracia para enriquecer nuestra

pobreza; era preciso que ardiera en amor para que se propusiera curar nuestras enfermedades. Estas tres cualidades excelentes son las señales infalibles y los rasgos vivos y naturales que se distinguieron en el Salvador; y Dios, que formó á la Santísima Virgen según este modelo admirable, nos ofreció en ella una emanación de su Hijo. (*Bossuet, sermón sobre la Natividad de la Santísima Virgen.*)

V. Al llegar á su ocaso la religión y la grandeza de los hebreos, en el tiempo señalado por los profetas, y cuando el cetro real se hallaba en manos de extranjeros, según la gran predicción de Jacob, había en Nazareth, ciudad de la baja Galilea, á poca distancia del monte Carmelo, un hombre justo llamado Joaquín, de la tribu de Judá y de la raza de David por Nathan. Su mujer, que según la opinión de San Agustín, era de la tribu sacerdotal, se llamaba Ana, nombre que en hebreo significa "graciosa."

Los dos eran justos delante de Jehová y seguían sus mandamientos con corazón recto. Mas parecía que el Señor había apartado de ellos la luz de sus ojos, porque faltaba á su alegría doméstica una dicha, que era como una bendición. No tenían hijos, lo que les entrüstecia, porque era oprobiosa la esterilidad entre los judíos.

Joaquín, que amaba á su mujer por su admirable dulzura y eminentes virtudes, no quiso agregar á su infortunio el pesar de pedir carta de divorcio, que era muy fácil en aquellos tiempos; siguió viviendo con ella y los pios esposos, humildemente sometidos á los decretos divinos, pasaban sus días consagrados al trabajo, á la oración y á la limosna.

Tantas virtudes debían tener en fin una recompensa. Después de veinte años de esterilidad concibió Ana como milagrosamente y dió á luz á la bienaventurada María, que fué más perfecta, santa y agradable á los ojos del Señor que todos los elegidos. Su nacimiento fué modesto, como el de su divino Hijo; sus padres pertenecían al pueblo, aunque descendían de reyes, y vivían oscura y modestamente. (*Orsini, La Virgen.*)

VI. Debemos ver en María más bien la madre de Jesús que la hija de Adán. No es noble por sus padres, sino que al contrario ella es quien les ennoblece, y no solamente á sus parientes inmediatos, sino á la casa de David, á la tribu de Judá, al pueblo hebreo, al género humano y á la generación entera. La nobleza que tiene le viene directamente de Jesucristo.

María es predestinada para ser Madre de Dios, y no sólo predestinada, sino creada para este fin por el mismo Dios que quiso nacer de ella; luego se dice verdad al decir, no de una manera general sino muy particular, que es hija de Jesús siendo al mismo tiempo su madre. La hija de Dios y la madre del Hombre es la hija y la Madre del Hombre Dios; de modo que como ha dicho ingeniosamente un Padre, su genealogía comienza en la divinidad y termina en la humanidad de su Hijo.

Desde su nacimiento no podía hablarnos el Evangelio convenientemente de María, sino haciendo á un lado su nacimiento natural y refiriéndose solamente á su maternidad divina, dejándonos ignorar quién era su padre para hacer resaltar únicamente quién era su Hijo: *María de qua natus est qui vocatur Christus*, ó María de Jesús como la llaman los Apóstoles.

Si todo el cristianismo consiste en esta verdad, escrita en el sublime principio del Evangelio de San Juan, que dice que el Verbo dió á todos los que le recibieron el poder de llegar á ser hijos de Dios, porque no nacen ni de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios por la gracia, y para eso el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros, con más razón ha "nacido de Dios" esta Virgen, que fué la primera y sola que de una manera inefable recibió en persona el mismo Verbo, y de ella es de quien le hemos recibido todos. Ella es en quien y por quien el Verbo se hizo carne y vive entre nosotros.

Os hablaremos hoy de *uno* de los designios más misteriosos de la Providencia. Cuando nace un príncipe de la tierra, se anuncia su nacimiento al mundo entero, que lo celebra con regocijos públicos. Las legaciones que representan á los diferentes gobiernos del mundo, dan al dichoso padre el parabién, los soberanos le envían cartas de felicitación, los poetas escriben odas y la Iglesia dirige al cielo sus oraciones. Todo tiende á festejar al ilustre vástago, mortal como los otros, pero esperanza de los pueblos. ¿No deberá, por lo tanto, manifestar el mundo entero su entusiasmo al venir al mundo nuestra princesa, la deseada, la que es la esperanza del género humano, y alegrarse juntamente el cielo del cual será la reina? Calla, pobre razón y dobla silenciosamente la cabeza ante esta noble cuna.

María pertenece á una raza real. La sangre que circula por las venas de Joaquín es la misma que circulaba en las venas de David y de Abraham, y se remonta por Noé hasta el primer padre; genealogía cuyos nombres se citan todavía hoy. ¿Qué nobleza le ha igualado hasta ahora? Rodean su cuna numerosos oráculos y figuras que trazan una larga línea de fe y de esperanza; como que está destinada á regenerar y salvar el mundo por el hijo que debe dar á luz en Belén y sacrificar en el Calvario. María está llamada á gobernar y consolar á los hombres por medio de su protección todopoderosa.

Jamás ha influido desde el principio de los siglos, ni influirá jamás nacimiento alguno, sobre los destinos del mundo, como el de María, y sin embargo, viene al mundo sin que se celebre públicamente su venida, sin que sus propios padres sospechen siquiera el porvenir que le espera. El universo entero la espera, y nadie se lija no obstante en su venida al mundo. Algunos parientes y amigos felicitan á sus padres y prodigan unos cuantos cariños á la recién nacida. Fuera de esto, que es lo común en la vida, nada notable hubo en su natalicio.

Por la creencia que anteriormente reinaba se dice que el día en que nació la Virgen María se regocijó la tierra; pero la tierra ignoraba la venida de su libertadora. ¿Tembló el infierno porque la grandeza de María le fué enteramente oculta, y se alegró el cielo todo por haber hecho Dios que no ignorasen los ángeles el misterio? Nada de esto está escrito. Lo único que se sabe es que María nació en la humildad y en la pobreza, y que ningún rayo del sol de la profecía iluminó la pobre cuna en que descansaban la esperanza y los destinos del mundo. El nacimiento de Juan Bautista

fué señalado por muchos milagros, y la multitud que fué testigo de ellos, exclamó asombrada: "¿Quién pensáis que será un día este niño?" (*Lucas*). Ningún prodigio señaló la natividad de la hija de Joaquín y Ana. Nació como nace la hija de un pobre artesano.

¿Quién podrá envanecerse de la clase en que ha nacido ni avergonzarse de su humilde condición, cuando no recibe honor alguno por su nobleza la más gloriosa de las criaturas, ni oprobio ninguno por la pobreza y oscuridad de su familia? Ante Dios sólo se es grande por la virtud. Algunos nacen entre púrpura y son viles á los ojos del Señor y arderán eternamente en los infiernos; otros nacen en el fango y son grandes á los ojos del cielo, donde figurarán entre los eternos esplendores.

No olvidemos el sagrado nombre de María que se dió á la niña, sin duda por inspiración celestial, como se dará más tarde el de Juan. En el hebreo y en todas las lenguas de Oriente, los nombres tienen alguna significación de símbolos ó presagios. Eva, por ejemplo, quiere decir la viva. Abraham, el padre de la muchedumbre. Raquel, la oveja. Rut, la satisfecha. Saphora, la hermosa. Susana, el lirio. ¿Qué significará María? Es ciertamente prodigioso este nombre, que parece el término de las antiguas profecías y la llave del nuevo orden. En hebreo el nombre de María quiere decir á un tiempo mismo mar exaltado y mar de amargura. ¿No fué así su vida toda? ¿No vemos en la historia de María un contraste de grandeza y humildad, de gozo y de alegría? ¿Y quién comprendió entonces la grandiosidad de un oráculo que descansaba en una sola palabra? Nosotros lo sabemos desde el tiempo del Calvario y la gloriosa ascensión. Por eso es este nombre tan grato á nuestro corazón, porque es el objeto de la veneración más grande y de la confianza más absoluta. ¡María! ¡María! vuestro nombre es un rayo de luz para nuestros ojos, una melodía para nuestros oídos, miel para nuestros labios, un bálsamo para nuestras llagas, para nuestro corazón un encanto, para nuestra debilidad un escudo, el ala que lleva al cielo nuestras oraciones, el tesoro que pone fin á nuestra indignidad y la llave de oro que nos abre las puertas del cielo. ¡Oh María! ¡sed siempre para nosotros María!—(*Monseñor Pavy, Obispo de Argel. Mes de María*).